

APÉNDICE
AL PROCURADOR GENERAL
DEL REY DE LA NACION.

DEL DIA 27 DE JULIO DE 1814.

ARTICULO COMUNICADO

Sobre el restablecimiento de la Inquisicion ()*

¿Hasta donde, Señor Procurador General, ha de extenderse el maligno influxo de los enemigos del altar y del trono? ¿Conseguirán entorpecer los paternos y religiosos deseos de nuestro idolatrado Fernando, é inutilizar las benéficas disposiciones del mejor de los Soberanos para hacer felices á sus pueblos? Todo puede temerse de su diabólica sagacidad y decidido empeño en sostener y promover sus perjudiciales máximas. A pesar de su abatimiento, aun amenazan y conspiran por medios inauditos contra la religion y contra el Monarca. Bien notorias son las maquinaciones para quitar ignominiosamente la vida á los generales Elío, Villavicencio, O'Donnell, y otros beneméritos del Rey y de la patria, y se susurran demasiado las que emplean para que no se restablezca el tribunal de la Inquisicion. Ya insinué á V. qual era á mi parecer el objeto de las primeras, y ahora quiero hablar de las que se dice haber obligado á sus-

(*) Este artículo debió haberse publicado ántes que el decreto de S. M. de 23 del presente, pero habiéndolo impedido incidentes inevitables, se advierte á los lectores á quienes no desagradará su contenido.

pender el restablecimiento del baluarte mas poderoso de la religion , porque lo es igualmente del trono , y debe tener el mayor influxo en la felicidad de los españoles.

A nadie se pueden ocultar las supercherías , ficciones y fraudulentos medios de que se valieron los padres de la patria en las Cortes generales extraordinarias para llevar al cabo la ruina de la Inquisicion. Ellos al fin , la consiguieron , pero ni su autoridad , ni sus tiránicas disposiciones , ni la cooperacion de la Regencia y sus agentes , ni las vanas declamaciones de los escritores vendidos á sus caprichos , ni la actividad de sus emisarios por toda la península , ni los parabienes , que á su propia instancia les dirigieron sus jueces politicos , algunos ayuntamientos y corporaciones , y otros egoistas , viles aduladores de la fantástica , pero tiránica autoridad que exercian : nada de esto , repito , bastó para persuadir á la nacion , que seguian en ello la opinion pública , y ménos que de semejante providencia pudiese resultar el menor beneficio á la religion y al estado. En vano sepultaron en el silencio las muchas representaciones que los obispos , cabildos , ayuntamientos , corporaciones y particulares enviaron á las Cortes pidiendo la permanencia del tribunal , en las que voluntariamente se descubrian los verdaderos sentimientos de la nacion : en vano se leian , aplaudian y mandaban insertar en el diario de las Cortes las felicitaciones que á instancia de los mismos conspiradores contra el tribunal se les enviaban por su abolicion. Todo esto solo sirvió para hacer mas pública é indudable la intriga del jacobinismo , y seducir á algunos miserables incautos , incapaces de penetrar los designios de los malvados ; así que les fué preciso apelar al terrorismo dictando destierros , proscripciones , cár-



celes y aun suplicios contra los que se opusiesen á la publicacion de aquel infame manifesto, que es un borron del catolicismo español, y servirá de oprobio eterno á las Córtes que lo acordaron, á los diputados que lo compusieron, á la Regencia, que con tanto empeño lo sostuvo, y á sus agentes ó ministros que lo promovieron. En él se fundó la maliciosamente inventada conspiracion, que sirvió de pretesto para las providencias tumultuarias, antipolíticas y escandalosas contra el Nuncio de S. S., para la expatriacion ignominiosa del venerable obispo de Orense y otros prelados, y para la persecucion del gobernador y cabildo de Cádiz, providencias que intimidaron á los demas y casi á la fuerza les hicieron sucumbir. Mas luego que amaneció la aurora de nuestra libertad en el regreso de nuestro idolatrado Monarca, y sacudido el yugo ferreo que nos habia impuesto el jacobinismo, y pudieron los pueblos manifestar libremente su opinion, hemos visto que permanecen en la misma que ántes tenian de la utilidad y necesidad del tribunal; y que ni las calumnias con que se le ha procurado denigrar por los corifeos del sistema destructor, ni los dicterios con que se le ha vilipendiado, ni el aparente interes y falsa libertad que ha ofrecido á los españoles en su abolicion, han podido desvanecer el alto concepto que habian formado de su necesidad é importancia. ¿Qué nuevos obstáculos, pues, impiden su restablecimiento? Los mismos que dictaron su destruccion. Los agentes del filosofismo se aprovechan de la debilidad de algunos, que teniéndose por buenos españoles y católicos no han meditado con la debida madurez é imparcialidad un asunto tan grave, y se dexan conducir por un mal entendido interes, ó de una política ratera y despreciable, ó de respetos puramente humanos, que nada deberian influir en los negocios de la religion.

Dexemos aparte los sofismas de los filósofos contra el tribunal, mil veces desvanecidos. No hagamos caso de la fea nota que resultaría contra nuestro gobierno de seguir las huellas y autorizar de hecho las medidas de nuestros enemigos para desterrar de España la religion católica, y fixemos la atencion en los principios de nuestra verdadera Constitucion, y en las consecuencias que se han experimentado de la suspension del tribunal.

Ninguna sociedad puede ser feliz sin arregladas costumbres: este es un principio que no negarán los mismos filósofos. Las costumbres no pueden ser arregladas, si los hombres no tienen un freno que dirija sus desordenados apetitos, y este freno es solo la religion verdadera, que los españoles profesamos por principios é íntimo convencimiento; es, pues, necesario desterrar de entre nosotros quanto pueda inducirnos á atacar tan saludable freno si queremos ser felices; porque siempre en contradiccion con el libertinage, si este llega á prevalecer, ni puede haber rectitud de costumbres, ni felicidad. La experiencia de quatro siglos nos ha enseñado, que á pesar de las tumultuarias convulsiones que han causado en los otros reynos de Europa los enemigos de la religion, la España se ha conservado libre de semejantes catástrofes por el zelo y actividad de un tribunal que ha sabido sofocar en su origen las malas semillas, y contener á los que sagazmente pretendian esparcirlas para envolver á la España en los mismos males, y de aquí ha nacido la verdadera opinion de que el tribunal de la fé ha sido y es el mas poderoso baluarte de la religion católica y de la felicidad del estado: esto mismo es la causa de que el filosofismo y la heregia le hayan combatido empleando todos sus esfuerzos para su ruina.

A esta incontrastable verdad se debe añadir la triste experiencia de los males que sufrimos desde que apoyadas las ideas filosóficas en las Cortes generales y extraordinarias se impidió el ejercicio del tribunal en sus funciones.

¡Qué trastorno de ideas religiosas y políticas no ha padecido la España! ¡Qué espantosa corrupción las costumbres! ¡Qué máximas tan perjudiciales no se han esparcido contra el trono y contra el altar! Diganlo los escritos que impunemente se han esparcido; dígalos el libertinage, que generalmente se advierte en muchas de todas clases y condiciones; dígalos la impunidad con que se han introducido y vendido públicamente los libros y folletos mas perjudiciales en que abiertamente se contiene la irreligion y el mas sórdido epicureismo; dígalos finalmente esa multitud de hombres conocidos por ateistas prácticos que á la sombra de la libertad de la imprenta, y protegidos por quienes no debieran serlo, permanecen impunes despues de haber vomitado todo el veneno de su infernal sistema.

Es verdad que se encargó á los Obispos el desempeño de las funciones que exerceia la Inquisicion; ¿pero su zelo y actividad ha podido contener el torrente impetuoso de tantos males? ¿La autoridad temporal ha protegido como debiera sus determinaciones? ¿Qué defectos ha producido la uniforme condenacion del diccionario critico-burlesco? Su autor impune ha continuado esparciendo sus detestables máximas; entorpecida por los medios mas inicuos la causa que le formó el ordinario de Cádiz, y que contribuyó en gran parte á la persecucion personal de aquel digno eclesiástico, ha continuado libre y en posesion de su empleo hasta que el temor de la justicia de Fernando VII le arrojó de

*

esta Corte, y segun se aseguró, conduxo á otra en que desahoga su indignacion y vomita todo el veneno de su secta contra el trono y la religion de España. Su obra, que mereció la exêcracion hasta de las mismas Córtes, y fué condenada por los obispos de España, sin excluir al Emmo. Arzobispo de Toledo, ha corrido libremente, y aun, segun se dice, se ha reimpresso en esta Corte, y se han remitido gran número de exemplares á la América, sin que los Obispos hayan tenido arbitrio para proceder contra la obra, ni contra su autor. ¿Existiendo la Inquisicion se hubieran experimentado estos males?

No puedo adivinar los ocultos motivos, que hayan podido entorpecer el restablecimiento del tribunal deseado por toda la nacion; pero segun conjeturas son tan débiles, que me admiro de que españoles que se juzgan católicos les hayan dado el menor valor; unos dicen, que la España seria el ludibrio de las demas naciones si lo restableciese. Otros, que el ejército no lo quiere; y otros finalmente, que el temor de sus procedimientos haria emigrar considerable número de familias con perjuicio de la poblacion; respetos todos demasiado débiles, y que solo pueden merecer alguna atencion á los que fixando solo la felicidad en objetos puramente temporales, pretenden separar como inútil y superflua la religion católica de la felicidad de la nacion contra los principios verdaderamente establecidos y adoptados por todos los españoles.

Supongamos que merezca algun aprecio el concepto que de la España formen los enemigos de la misma y de la religion, ridiculizándola por el restablecimiento del tribunal, ¿ha de gobernarse la España por el juicio de estos fatuos? ¿Ha de autorizar el general desórden de sus habitantes y expo-

ner el trono á los vayvenes que le amenazan de parte de los filósofos y la religion sacrosanta por no desagradar á unos seres en todas partes exêcrables? Las naciones extrangeras harán siempre á la España el honor que se merece; y tanto mas la respetarán quanto el mejor arreglo de sus costumbres públicas y particulares la proporcione la felicidad y abundancia que siempre han sido y serán las consecuencias del orden y del arreglo de sus costumbres: ¿qué importa que unos quantos pretendidos sábios, pero verdaderamente ignorantes, motejen á la España de bárbara y supersticiosa, si posee la verdadera sabiduría, y conserva tenazmente la adhesion á la religion católica, la lealtad y amor al Soberano y el respeto y obediencia á sus sábias leyes? Solo esto puede hacerla feliz, y si para conseguirlo es útil y aun necesaria la Inquisicion, ¿habrá de exponer su felicidad y aun su existencia por no desagradar á sus propios enemigos é impedir sus dictérios? ¿Qué locura!

Se dice que el ejército no quiere la Inquisicion. Poco honor le hace el que tan neciamente piensa. El ejército español ama á su Rey, y profesa la religion católica: ha jurado defender uno y otro, y no puede reprobear los medios que eficazmente contribuyen á su conservacion: la tropa generalmente confía en la sabiduría del gobierno, y no toma partido en los negocios que no son de su profesion, dexando su gobierno á quien le corresponde; la oficialidad, que por su rango y mas delicada educacion pudiera mezclarse y dar su dictámen en este asunto, qualesquiera que sean sus particulares costumbres, no abandona sus deberes ni los principios en que ha sido educada, y es hacerla un agravio muy notable atribuirle una oposicion tan contraria á su mismo honor, y á los fi-

nes de su instituto. ¿Habrà acaso entre los oficiales, como los hay en todas clases, hombres corrompidos en sus ideas y costumbres, á quienes haya inficionado el frecuente trato con los franceses y su mal exemplo, ó con el de los españoles fanáticamente imbuidos del sistema filosófico, que son aun mas perjudiciales que todos los extrangeros, y no será extraño que estos mismos oficiales así seducidos hagan alarde de su irreligion y libertinage, y miren con igual ódio al tribunal que ha de corregirlos; pero esta pequeña parte es el ejército español? ¿No deberá tenerse por opinion del ejército la que expresaron muchos generales y oficiales de todas graduaciones en su representacion dirigida á las Córtes pidiendo el tribunal mas bien, que las bachillerías de aquellos atolondrados, que no saben ni entienden lo que se dicen en materia tan agena de su profesion? He aquí, señor Procurador, con quan poca razon se deshonra el ejército español poniéndole por obstáculo al restablecimiento del tribunal de la fé, como si la oficialidad y tropa española hubiesen renunciado á la religion de sus padres y abandonado sus mas sagrados deberes.

El temor de la Inquisicion hará emigrar muchas familias con perjuicio de la poblacion; este reparo, en la apariencia algo mas sólido, supone que son tantos en España los enemigos de la fe católica, que si se pretende reducirlos al verdadero camino, ó castigar su obstinacion, emigrarán y dexarán un vacío tan considerable que perjudique notablemente á la poblacion. Mucha es á la verdad la zizaña que en estos últimos años se ha sembrado por los enemigos del altar y del trono, y muchos á quienes han inficionado con sus detestables máximas; pero ni son tantos, ni tales que puede temerse la espantosa emigracion que suponen: la mayor par-

te no ha llegado á corromperse en aquella parte, para cuyo remedio se establece la Inquisicion, los españoles firmemente adheridos á la religion y fe de Jesucristo han detestado y detestan las máximas anti-cristianas de estos filósofos, y aunque seducidos muchos con las lisonjeras esperanzas de igualdad y libertad política hayan admitido las ideas que en esta parte se les ha comunicado, su error ó su delito si se quiere, nada tiene que temer del tribunal de la fé; y establézcase ó no se establezca, ellos permanecerán tranquilos, y en caso de temer, será mas bien á la jurisdiccion real y ordinaria, que á la eclesiástica y de la Inquisicion.

Excluida esta clase de sectarios de la soñada emigracion, solo podrá verificarse de aquella porcion pequeña de hombres, que por sistema se han hecho corifeos de la irreligion, y algun otro agente suyo por el interés que de ello le resultaba. Esta clase de españoles es tan corta, que no merece por su número la menor atencion, aunque su malignidad deba ocupar toda la del gobierno para impedir su emigracion, y hacer que sufran en España las penas correspondientes á su delito, y en el caso que por una apatia é inaccion que no debe esperarse se diese lugar á su fuga, mas bien debería tenerse por una felicidad, que por una desgracia, porque qualquiera que sea su número, su residencia entre nosotros nos será siempre tan favorable como la de los lobos en un rebaño de ovejas: inseparables de ese modo de pensar nunca dexarán de sembrar sus ideas para corromper á los incautos, y á proporcion que progresen, se aumentará el peligro del trono y del altar, ¿qual, pues, nos importará mas conservar entre nosotros estos vivos que siempre han de despedazar á su madre patria, alterar la quietud del reyno, y con-

mover sus mas sólidos cimientos, ó libertarnos de todos estos males con la emigracion de estos seres destructores? La resolucion de este problema es bien obvia, y solo estarán por la conservacion de semejantes enemigos los que mirando con indiferencia la seguridad del trono y de la religion no tomen el menor interes en conservarla. Si tal fuese la política de los que oponen este obstáculo al restablecimiento de la Inquisicion, nada creo que perderíamos en que fuesen á realizarla en las regiones incultas del norte. Señor Procurador, no nos cansemos en repetirlo, mientras los filósofos y janseñistas tengan el menor influxo en nuestro gobierno; mientras el freno de la Inquisicion no contenga su feroz ímpetu, ó los exterminie de la España, vacilará el trono de Fernando, y la religion católica abandonará un pais donde se toleren sus tan declarados enemigos. No darán lugar á esta desgracia la piedad, religion y justicia de nuestro amado Monarca; pero es indispensable advertirle de los peligros que sus enemigos proponen ocultarle.

Madrid 23 de Julio.

El Rey nuestro Señor se ha servido expedir el decreto siguiente:

El glorioso título de católicos, con que los Reyes de España se distinguen entre los otros Príncipes cristianos por no tolerar en el reyno á ninguno que profese otra religion que la católica, apostólica, romana, ha movido poderosamente mi corazon á que emplee, para hacerme digno de él, quantos medios ha puesto Dios en mi mano. Las turbulencias pasadas, y la guerra que afligió por espacio de seis años todas las provincias del reyno: la estancia en él por todo este tiempo de tropas extrangeras de mu-

chas sectas, casi todas inficionadas de aborrecimiento y odio á la religion católica; y el desórden que traen siempre tras sí estos males, juntamente con el poco cuidado que se tuvo algun tiempo en proveer lo que tocaba á las cosas de la religion, dió á los malos suelta licencia de vivir á su libre voluntad, y ocasion á que se introduxesen en el reyno, y asentasen en muchos opiniones perniciosas por los mismos medios con que en otros países se propagaron. Deseando, pues, proveer de remedio á tan grave mal, y conservar en mis dominios la santa religion de Jesucristo, que aman, y en que han vivido y viven dichosamente mis pueblos, asi por la obligacion que las leyes fundamentales del reyno imponen al Príncipe que ha de reynar en él, y Yo tengo jurado guardar y cumplir, como por ser ella el medio mas á propósito para preservar á mis súbditos de disensiones intestinas, y mantenerlos en sosiego y tranquilidad; he creído que seria muy conveniente en las actuales circunstancias volviese al exercicio de su jurisdiccion el tribunal del Santo Oficio. Sobre lo qual Me han representado Prelados sabios y virtuosos, y muchos cuerpos y personas graves, así eclesiásticas como seculares, que á este tribunal debió España no haberse contaminado en el siglo xvi de los errores que causaron tanta afliccion á otros reynos, floreciendo la nacion al mismo tiempo en todo género de letras, en grandes hombres y en santidad y virtud. Y que uno de los principales medios de que el opresor de la Europa se valió para sembrar la corrupcion y la discordia, de que sacó tantas ventajas, fué el destruirle so color de no sufrir las luces del día su permanencia por mas tiempo; y que despues las llamadas Córtes generales y extraordinarias con el mismo pretexto, y el de la Constitucion que hicieron tumultuariamente, con

pesadumbre de la nación le anularon. Por lo qual muy ahincadamente me han pedido el restablecimiento de aquel tribunal ; y accediendo Yo á sus ruegos, y á los deseos de los pueblos , que en desahogo de su amor á la religion de sus padres han restituído de sí mismos algunos de los tribunales subalternos á sus funciones , he resuelto que vuelvan y continúen por ahora el Consejo de Inquisicion y los demas tribunales del Santo Oficio al exercicio de su jurisdiccion, así de la eclesiástica , que á ruego de mis augustos predecesores le dieron los Pontífices, juntamente con la que por su ministerio los Prelados locales tienen, como de la real que los Reyes le otorgaron ; guardando en el uso de una y otra las ordenanzas con que se gobernaban en 1808 , y las leyes y providencias , que para evitar ciertos abusos , y moderar algunos privilegios , convino tomar en distintos tiempos. Pero como ademas de estas providencias acaso pueda convenir tomar otras , y mi intencion sea mejorar esté establecimiento de manera que venga de él la mayor utilidad á mis súbditos , quiero que , luego que se reuna el Consejo de Inquisicion , dos de sus individuos , con otros dos del mi Consejo Real , unos y otros los que Yo nombraré, exâminen la forma y modo de proceder en las causas que se tiene en el Santo Oficio, y el método establecido para la censura y prohibicion de libros ; y si en ello hallaren cosa que sea contra el bien de mis vasallos y la recta administracion de justicia , ó que se deba variar , Me lo propongan y consulten para que acuerde Yo lo que convenga. = Tendreislo entendido , y lo comunicareis á quien corresponda. = Palacio 21 de Julio de 1814. = YO EL REY. = A D. Pedro de Macanaz.

POR DON FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Con licencia del Excmo. Sr. Capitan General.